

EL CORREO DE LEVANTE

DIARIO DE LA TARDE

Año V

REDACCION Y ADMINISTRACION
Plaza de Cotina (antigua local del Gobierno Civil)
ANUNCIOS A PRECIOS ECONOMICOS

MURCIA 14 DE ABRIL DE 1903

PRECIOS DE SUSCRIPCION
En Murcia, un mes. pesetas 1
Fuera, trimestre. 8
NO SE DEVUELVEN LOS ORIGINALES

N.º 917

El Entierro de la Sardina

No nos hemos equivocado al decir estos días que el Entierro de la Sardina de este año no desmerecería en nada al de los anteriores.

Laboriosa ha sido la organización de este festejo, pero el éxito alcanzado es una digna coronación a tantos trabajos. Ocho hermosas carrozas engalanadas con exquisito gusto, con verdadero derroche de arte, formaban la cabalgata fantástica que reseñamos.

Al hablar del Entierro de la Sardina, como murcianos incurriremos en ingratitud poco dispensable, al no consagrar justísimas frases de elogio para los Sres. Dáñio, Palazón II y D. Severo Pérez, quienes son verdaderamente los salvadores de la hermosa fiesta de que nos ocupamos, quienes han obrado por virtud de trabajos incalculables, el resurrexit de la fantástica mascarada que tanto nombre ha dado a Murcia en todos tiempos.

La hora de los elogios es esta: cuando el éxito ha coronado los trabajos.

Nadie puede ya dudar que los festejos de este año se han hecho con la misma brillantez que siempre, y todos estamos convencidos de que las fiestas un mes antes de efectuarse estaban muertas de remate. El milagro se ha hecho y es justo confesar que lo debemos a los señores ya citados, para los que Murcia tendrá eternamente agradecimiento profundo.

Al reseñar el Entierro no podemos descender al detalle de cada carroza, pues esta sería tarea interminable. En conjunto, en general diremos que todas merecen entusiastas elogios.

Las carrozas son:

Centro Fauno.—En esta iban D. Evaristo Llano, D. Enrique Lacárcel, D. Bal-domero Hernández Illán, D. Manuel Llano, D. Francisco Nolla y D. Francisco García y García.

Vulcano.—D. Severo Pérez, D. Joaquín García y García, D. Luis Pérez, D. José Sánchez Franco, D. Antonio Atienzar y D. Antonio Amat.

Centro Chapino.—D. Salvador Esteve, D. José Gálvez Serrano, D. José Tarín y D. Felipe Sánchez Pedreño.

Centro Inferno.—Don Benito López Ruano, D. Ildefonso Manuel Navarro, D. Evaristo Cánovas y D. Juan de Dios Pérez López.

Centro Júpiter.—D. Antonio Puig, D. Manuel Almela, D. José María Sanz, D. José Atienzar y D. Mariano Perni.

Centro chino.—D. Juan José López, D. Luis Abadías, D. Angel Leante y don José María Llanes.

Y las carrozas del Comercio, que era una Gondola remada por niños, y de la Sardina que la adornaban Diosas cubiertas de gasas.

Una visita al Santuario de la Luz

Entusiasmado con el gratísimo recuerdo que el año anterior grabó en mi memoria la rápida visita que realicé al Santuario de nuestra Señora de la Luz, palpita en mi ser un deseo ardiente y vivísimo de visitarlo de nuevo, pero detenidamente, con calma para escudriñar todo, considerando la excursión como una verdadera romería de mi espíritu al pintoresco e histórico monte.

Mi amigo de la infancia, Pepe Clares, inteligente profesor de Instrucción primaria, vecindado en el inmediato pueblo de Algezares, conocía íntimamente, a fondo, esta anhelada aspiración mía y a satisfacerla acudió presuroso honrándome ayer al amanecer con su grata visita—que no olvidaré

nunca—é invitándome a que aceptara una gira familiar, que en mi obsequio y para dar gusto a mis pretensiones había preparado. Le escuché con júbilo y no vacilé...

Presurosos partimos dejando la ciudad silenciosa, con el silencio inquieto y precursor de sus próximos y habituales tropiezos y envuelta en un tinte de luz indecisa.

Una polvorienta tartana nos condujo con rauda velocidad y entramos en Algezares a plena luz, cuando el astro rey comenzaba a esparcer la madeja de sus rayos abrasadores, caldeando en el aire un suspiro de vida y una salutación al nuevo día.

El descanso en el vecino poblado fue breve. Mi amigo cariñoso había dispuesto previamente un excelente y variado surtido de provisiones de boca, que a lomos de una briosa yegua había de ser transportada al rellano de la empinada montaña.

Calceme unas alpargatas, a imitación de lo que hicieran mis compañeros de excursión—que eran, además de Pepe Clares, su padre y sus hermanos Alejandro y Salvador, su tío Alejandro Martínez y su hermano político Antonio Alemán, todos amigos fraternales, atentos y afectuosos, y sin más preámbulos, emprendimos de nuevo la marcha hacia el santo lugar, a modo de peregrinación familiar y deportiva.

El recorrido por aquellos lugares montuosos es deleitante, encantador; las quebraduras del terreno en las proximidades de la ermita abren pintorescos y soberbios horizontes a la vista del espectador, ofreciendo muy gratas expansiones al espíritu recreativo.

En media hora, próximamente, salvamos aquellas arideces e hicimos alto a nuestra ascensión.

Bañado por un torrente de sol espléndido encontramos el histórico santuario. Hállase este enclavado en una espaciosa meseta que corona el encespado monte entre Algezares y la Alberca y al pie de la frondosa pinada de la Luz, de la que toma nombre la Virgen y su sagrada morada, fundada esta—según allí escuché—por el sapientísimo Cardenal Belluga, a quien hizo donación de la sacrosanta imagen una señora que aún permanece en el incógnito.

Forman la Comunidad quince monjes eremitas, clasificados trece en hermanos profesos, que simbolizan el Apotolado y cuya cifra es siempre permanente y dos en hermanos donados.

El presidente, el hermano José, un anciano venerable, con bondades de santo y cariñoso, con docilidad de niño, ejerce sus funciones con cristiana abnegación, conllevando pacientísimo los rigores de una cruel enfermedad, que mina traidora y lentamente su preciosa existencia.

Con él comparten la dirección del régimen impuesto en aquella santa casa el hermano mayor Luis, en quien de igual modo aparecen personificadas las más altas virtudes, merced a las cuales se ha captado un respeto profundo y disfruta de inmensa autoridad que todos acatan con veneración; el sabio capellán D. Alfonso Serón y el director espiritual D. Alfonso Montesinos, arciano de la S. I. Catedral de Murcia, personas ambas de extrema afabilidad, que parece condición precisa y dominante en los moradores del eremitorio.

Modelo de dulzura y de humildad es también entre estos el hermano Manuel, que nos sirvió de *cicerone* con exquisita amabilidad, prodigándonos un trato ameno y gratísimo, y el hermano Mariano, que nos prestó servicios importantísimos, debiendo a su valiosa cooperación las exquisiteces de una suculenta paella, en la cual dejó impresa diestramente su habilidad de verdadero angel culinario.

En mi afán escudriñador, de curiosarlo todo, apenas repusimos las perdidas fuerzas y esperando ocasión oportuna para ver en su interior el santuario, pues se hallaban los monjes entregados al Santo Sacrificio, aproveché el paréntesis que esta circunstancia

me ofrecía para recorrer aquel delicioso terreno dando rienda suelta a mi espíritu y expansionándome con la sublime y encantadora vista panorámica que desde aquellas alturas se disfruta.

No conocí jamás tan admirable miradero, desde el cual alcanza y goza la mirada la perspectiva de numerosos pueblecillos, desparramados sobre inmensa alfombra de verde esmeralda, que salpican flores vivas y alegres, multicolores, de tonos variadísimos y vistosos.

Es el más grandioso paisaje alegórico de nuestra primavera, la más hermosa página del libro de la Naturaleza.

La ciudad presentase desde allí como en un plano en relieve. Mas acá profusión de caseríos dispersos; a este lado la espléndida posesión del Conde del Valle de San Juan; a no largo trecho la caprichosa finca del Sr. López Parra; inmediata a esta la granja del Sr. Lacierva, lindante con el hotelito del Sr. Pellicer; a la izquierda, evocando gloriosos recuerdos, las ruinas del castillo morisco de Santa Catalina, que da nombre al contiguo convento-antigua residencia temporal del difunto obispo de esta diócesis—y al nacimiento de agua que abastece al vecindario de Murcia; por todas partes coquetonas viviendas, avalorando notablemente ese bellísimo cuadro sin precio.

Vitambién, a cuatro pasos de mi estancia, la legendaria cueva de la hiedra, que habitaron algunas familias huyendo de la luctuosa epidemia cólera de 1885. Saboreé el agua de la Fuente de la Luz, riquísimo líquido sabroso y paladeable, que surte al Santuario y poblados próximos y hasta es conducida a Murcia, donde no es menos preciada, y recorri, en fin, cuanto me permitió mi firmeza de piernas y cuanto pude de aquel vasto y delicioso monte, escuchando de mis acompañantes una leyenda ó narración histórica que justifica el culto y la veneración arraigados en el corazón de aquellos vecindarios y que convierte en fervoroso creyente al más furibundo ateo, al ser más desposeído de fe y de creencias.

Cuentan que el 26 de Agosto de 1900 se produjo un horroroso incendio en el monte, acudiendo a su extinción los vecinos de los pueblos cercanos, cuyos titánicos esfuerzos para contener el voraz elemento, que amenazaba devastarlo todo, resultaron inútiles. En tan apurado trance, el hermano mayor de la Luz despojose de su escapulario que lleva la imagen de la virgen, arrojándolo al centro de las llamas y viéndolo acto continuo, con asombro general, que el fuego cedia y que pronto quedó extinguido. El escapulario fué después recogido de entre las cenizas, observándose con no menos estuporación que no había sufrido la mas ligera lesión aquella milagrosa insignia de la Madre de Dios.

El hecho es verdaderamente poético, infinitamente pasional, encierra todo un poema, impregnado de líricos ritmos de fe y de consuelo, fruto de la grande idolatría que sienten esos pueblos por su virgen.

Tornamos al Santuario en los comienzos de una tarde intensamente primaveral y alegre, de alegría colmada con el armónico canturreo de las parleras avecillas, que anidan coronando la Casa de la Virgen y a poco fuimos testigos presenciales de uno de los más sagrados principios humanitarios, de un acto sublime de caridad, que llegó a conmoverme profundamente.

Después de almorzar los individuos de la Comunidad, uno de los hermanos profesos acude a un patio cuadrangular, que da entrada a la ermita, llevando una enorme olla férrea de bazofia, en derredor de la cual forman varios pobres, menesterosos que afiuyen de los pueblos inmediatos y rezan previamente ante el humeante alimento, dejando en su oración la más elevada expresión de gratitud por la benéfica y generosa acción de que son objeto y

llevando en su corazón una sonrisa de bendición para sus bienhechores.

Entre aquellos infelices seres se reparte equitativamente y siempre en raciones abundantes la suculenta comida que la Comunidad dispone a diario, para ellos expresamente, predicando así, con el mas alto y sacratísimo de los ejemplos, como se practica uno de los mas hermosos mandamientos de la Iglesia.

Terminada esta piadosa obra solicité y obtuve permiso para recorrer el interior del Eremitorio, en unión de mis amigos, brindándose galantemente a servirnos de guía el virtuoso hermano Manuel, que nos enseñó con amable diligencia cuanto de notable y valioso allí se encierra.

No puedo substraerme a comunicar las impresiones que recibí en mi visita.

Ví una capilla linda y coquetona, brillante como ascua de oro y a mi entrada descubrí con mirada de águila, en el fondo de la nave, sobre severo altar de mármol blanco, un artístico y elegante camarín ó trono que sustentaba enhiesta la piadosa imagen de María Santísima de la Luz, esbelta, primorosa, con majestad divina, descansando en un espacio de nubes, que dejan asomar simpáticas cabecitas de ángeles, envuelta en soberbio y espléndido manto, con atavíos lujosos, en los que abunda el bordado fino y delicado, el oro y la pedrería, ricamente alhajada, con valiosa diadema y corona del más preciado metal, soportando donosamente en el brazo derecho un niño Jesús coronado, caprichosa escultura de Salzillo y ostentando en la mano izquierda un hermoso ramo de blancos azahares. Viéndola únicamente, se concibe el culto pasional é idólatrico que allí sienten por esa imagen. Explican los monjes que para darla nombre varificóse a su tiempo un sorteo en el que la correspondió la denominación del monte vecino, que es la que hoy lleva; repitiose dos veces el sorteo y otras tantas arrojó el mismo nombre y hubo de decidirse en su vista, que fuera llamada María Santísima de la Luz.

Allí observé también otras varias riquezas destacándose entre otras esculturas un *Corazón de Jesús* en tamaño natural, primorosamente concluido, divinísimo, debido al cincel del habilidoso artista Sr. Sanchez Aracil. Descuellan igualmente un S. Antonio Abad, bajo cuya advocación está constituida la hermandad, un San Pablo, de insuperable gusto artístico y otras imágenes no menos valiosas, a mas de una variada colección de lienzos, que por sus firmas y las pinturas que las avaloran constituyen inapreciables joyas de arte.

Sobra allí tema para poder escribir largo y tendido, sin temor a repetir descripciones tantas veces hechas por mas hábiles plumas.

Terminamos nuestro recorrido examinando el panteón que encierra los restos mortales del fundador del eremitorio y de otras personalidades de la Iglesia y de las que han contribuido directa y desprendidamente al culto de esa imagen y salimos de allí gratamente impresionados de nuestra visita, después de agradecer altamente a aquellos santos varones, que todo lo sacrifican en defensa de Cristo y de sus inmortales enseñanzas, la cariñosa acogida y el trato afabilísimo que nos dispensaron.

El sol comenzaba a ocultar su disco luminoso; emprendimos el regreso a la ciudad y dejamos el poético santuario en el silencio de su vida tranquila, solo turbado levemente por el continuo y melancólico murmullo de la fuente vecina, por el pjar y gorjeo encantador de las avecillas, que parecen llevar en sus trinos cantos de liturgia, plegarias líricas, para la sagrada imagen allí venerada.

A esta, a la divina y Santa efigie de la Virgen de la Luz, vá como ofrenda, como tributo de cristiana fé, el humilde recuerdo mio que graban estas letras, recuerdo el más gráfico y perenne de mi visita a su altiva y señorial morada.

Ha sido una excursión que no olvidaré nunca.

EDUARDO BERMUDEZ.

Un cuento diario

El gorro del Sr. Cequiel

I
El señor Cequiel—claro está que se llama Ezequiel, y no Cequiel, pero el pueblo, a falta de chuletas, suele comerse muchas letras.—el señor Cequiel, digo, tiene despacho de vinos a la entrada de la calle de los Estudios.

¿Quién no conoce en Madrid, en el Madrid puro, neto y castizo, la casa del señor Cequiel?

Su fama se extiende desde el Campillo de Manuela hasta los Cuatro Caminos, desde el puente de Segovia hasta el de Vallecas, y tan conocido es el señor Cequiel de los proletarios de la Guindalera, como de esos linajados próceres a quienes se ha llamado gráfica y pintorescamente «grandes de España» con vistas a la calle de Toledo.

El señor Cequiel no es lo que se llama un hombre viejo; pero, en fin, el bigote ya lo tiene, según dice el, labonero suyo.

Como que el año 65, cuando se batío en la calle de Toledo por la libertad y la democracia, llevaba sus cuatro años de casado. ¿Con quién? Con la gran Sebastiana, gloria y orgullo de la Cava de San Miguel y alrededores, hija del señor Elías el Pollero y nieta del célebre Pachón, ahorcado por liberal el año 23 en la plaza de la Cebada.

Esta flor de la manolera fué, cuasi, cuasi, el alma de la casa del señor Cequiel. Si éste no hubiera sido, como es, un hombre con toda la barba (por mas que se la afeite), la gente habría acabado por decir la casa de la seña Sebastiana. No diré yo que llevase ella los pantalones; pero los canzoncillos, sí.

Solamente ella, republicana resuelta, pudo determinar al señor Cequiel, progresista de abolengo, a ponerse el «gorro colorado». Se lo puso, efectivamente; pero no a palosco, sino con circunstancias, esto es, con unos relucientes galones de oro fino, que acreditaban el prestigio y simpatías del señor Cequiel aun entre aquellos que le tenían por republicano de nuevo cuño.

Y lo que él decía, aludiendo a su mujer:

—Yo no soy de la Federal, sino de la Federala.

II

La Federala fue vencida por los acontecimientos, y aunque ella no capituló, dejó que capitulase su marido.

Cuando volvieron los Borbones, el señor Cequiel, adorador instintivo del Dios Exito, y nada propicio—dado que iban sus negocios viento en popa—a sacrificar sus intereses particulares en aras de las aficiones políticas, fue volviendo poco a poco la casaca, y ora por tal conveniencia propia, ora por cariño a infatigables agitadores de la populachera alfonsina, ello fué que el señor Cequiel se encontró al poco tiempo convertido «lenta, pero continuamente», en un *húsar* de los barrios bajos, en un adicto a Romero Robledo.

—Es mucho hombre don Paco!—decía el señor Cequiel.

—Esa ventaja te lleva, poca lacha—contestábase la republicana incorregible.

Sus protestas contra el neodinastismo del señor Cequiel, limitábanse a esos leves improprios conjugales; pero un día (el día precisamente en que don Paco «sacó congreso» al señor Cequiel) hallaron los esposos en el fondo de un armario el célebre «gorro colorado», y el concejal, poniéndose del mismo color que la prenda, dijo:

—Voy a quemarlo. No quiero aquí trastos viejos.

—Te guardarás muy bien.

—¡Pa chascol...

—Que no lo quemarás, ca. Esta prenda es cosa mia.

Y diciendo y haciendo, se lo quitó de las manos al concejal, y lo guardó en el mismo cajón de la cómoda en que guardaba sus tres mantones de Manila: el azul con flores blancas, el blanco con flores rojas y el negro de los chinos.

III

Pasó el tiempo, y los gobiernos aquellos de Alfonso XII hicieronlo tan mal, que el señor Cequiel fue apartándose poco a poco de húsares y demás dinásticos de caballería, para volver a sus primeros amores, como reza la canción.

